

# **ALMA DE FIERRO**

## INTRODUCCION

Si bien la agrupación de los cuentos por temas puede ser uno de los modos mas frágiles y discutibles de agrupar textos; es un modo de determinar un centro obligado, un eje que atraviesa toda la temática de los relatos con un solo rasgo. Si tuviera que definir el rasgo que une a los textos de “ Alma de Fierro”, elegiría la pasión. La Pasión que lleva a mas de uno de los protagonistas de estos textos a la muerte y un poco más, aunque a veces queden chapaleando en cierta estupidez. Estos relatos están todos vinculados al automovilismo y a los automóviles, en general. Los autos, signo de nuestro siglo XX y principios del XXI, elementos instalados en el centro de la cultura. A partir de esa pasión “ fierrera” quise hacer literatura, espero que me haya salido al menos algo parecido a literatura, a microrrelatos y cuentos breves.

Los relatos de este tipo son textos que se centran en lo breve, lo abrupto y lo fraccionario; textos que no por breves son pobres sino que cada uno busca generar algún tipo de interacción con el campo simbólico del lector. Pequeños golpes a la cabeza, al corazón y al alma del lector. Por entre los relatos desfilan mitos, aspirantes a mitos, tipos apasionados, sentimentales, suicidas, cretinos y hasta algún asesino.

Le doy mucha importancia al espacio en blanco, no a las largas parrafadas en blanco, sino al hecho de destinar una página a no más de un relato. Creo que este tipo de relatos menos que ninguno, se pueden leer en conjunto y que necesitan los espacios en blanco para insinuar sus faltantes, entrelíneas y misterios. Algunos de estos textos fueron publicados en revistas como “Apofántica”, “Salamandra” y “Puro Fierro”.

Espero que cada texto hable por sí mismo.

**.I**

Este libro no tiene auspicios, ni del sindicato de mecánicos, ni de las terminales automotrices, ni de los talleres de barrio.

## II

La curva era cerrada, última, casi fatal. Todo o nada, triunfar o morir. La trompa del Ford Falcon se desplazó levemente hacia el centro como entregado a la inercia de la curva: solo quedaba acelerar, acelerar hasta el límite de vueltas del motor; hasta el límite imposible. Auto a auto, costado a costado, chapa a chapa; pasar como sea al puntero de la procesión de voraces devoradores del tiempo hasta ser el número uno a mas de 230 por hora. Hambre de laureles que disimuló el lomo de burro en el furor del triunfo cierto. El Falcon volador se clavaba sobre la trompa trazando un dibujo caprichoso. Victoria o muerte. Muerte y victoria.

### III

Don Froilán Gonzalez se calzó su gorra. La caló torcida y baja como un abuelo con estilo de campeón. Se subió a su Chevitú. Salió acelerando el viejo auto de carrera hasta llegar a más de doscientos kilómetros por hora como Perseo montado sobre el Pegaso; como el Pegaso tras propia constelación; un pequeño Dios pampeano, con ochenta y algo de años.

Había que verlo llegar a la curva, sentado, calmo, vestido con su ponchito como un buzo antiflama corría entre medio de los otros autos de carrera, con la elegancia de los grandes premios de las pistas europeas y la bravura del barro criollo. Con veterana juventud corría contra la nostalgia.

## IV

Termina la jornada del taller, cae lento el crepúsculo sobre la arboleda. Se ponen a soldar la jaula del auto; depósito de sus sueños y sus ansias de gloria. Se mete con el Tito en el motor a meter mano, para ver si llega a tener el auto listo para la carrera del domingo y sino, carajo; será para la próxima fecha.

## V

Vuelta tras vuelta se empeñaba en mejorar su propio tiempo; décimas de segundos imperceptibles hacían que el auto fuera cada vez más veloz, como si empujara las imágenes laterales que desfilaban por la ventanilla hasta hacerlas tan solo una en la búsqueda de ese tiempo perfecto, perpetuo y detenido.

## VI

Dedicado a Susana Agud

A don Carlos no lo dejaban manejar porque según decían estaba demasiado viejo, pero no podía dejar de ir cada tanto, a ver a su viejo “Milquinientos” que estaba en el garage y se venía salvando de la venta.

Don Carlos se sentaba dentro del auto y comenzaba recorrer la geografía que había transitado en ese vehículo sobre el que había sido feliz, entre el ruido de los niños y los olores familiares. Cruzaba la pampa, trepaba a la cordillera para bajar del otro lado y veía el mar.

Román, el nieto de don Carlos, en sus juegos infantiles, se subía al auto que había sido de su abuelo y jugaba a ser grande, y se veía recorriendo aquellos lugares sobre los que su abuelo le contaba sus recuerdos.



## VII

Venía Juan Díaz ganando el campeonato. Pasaba con su auto cabeza a cabeza al Chevrolet retador; la tribuna hervía a gritos, más fuertes aún que el rugir de los autos.

Juan Díaz debía frenar y acercarse al cordón cuando dos ancianas le hacían señas para subir al colectivo.

## VIII

Raulito, cuanta cerrazón y tristeza. Hasta tu vieja se había preocupado. Fue por aquel entonces que el Dr Frenkel dijo aquello de:

- Este pibe tiene que hacer deporte.

Ni el futbol, ni el tenis ni la natación; nada. Malo y encima hosco, solo andar en la bicicleta con la que corría el tío Ernesto por la ruta te hacía un poco mas feliz. Como te brillaron los ojos con ese karting. Te volviste loco y no paraste de ganar una carrera.

## IX

El australiano Marc Wolfson llegó con el brío que da lo que despierta alguna familiaridad, a la Patagonia corriendo el Dakar. Era el cuarto día de carrera y había descubierto de su navegante, el renombrado francés Francois Lagois, la debilidad por el Chablis; Además, Francois apenas sabía en inglés frases de ocasión y los comentarios típicos de los navegantes tales como, “ a la izquierda”, “frená”, “seguí”. Marc estaba tratando de despertar al beodo mientras corría por el desierto de ripio; temía un atentado de Al Qaeda como habían amenazado el año anterior que se había suspendido la carrera.

Corriendo a 200 km y tierra adentro se dio cuenta que ya hacía rato que había perdido el rumbo. Reparó en que hacía tiempo que no veía a ningún otro vehículo del rally ( mucho menos alguno de cualquier otro tipo), ni al helicóptero. De golpe le reventó un neumático; el auto pegó un trompo, dio un tumbo y cayó sobre sus cuatro ruedas. Marc quedó atontado por los golpes y Francis (por el golpe o por el chablis) como el Gps quedaron fuera de combate. Marc después de ver que no era grave lo de su compañero comenzó a bajar la rueda para cambiarla, mientras pensaba en lo fácil que sería para los de Al Qaeda dar con él en esas lejanías. Un hombre se acercó a caballo con rifle en la mano que parecía confirmar sus sospechas. Se parapetó detrás del auto sacó el revolver que llevaba escondido dentro de su buzo y comenzó a disparar.

## X

Domingo a la mañana, temprano, en la casilla.

Daniel Paz, apuraba un rápido desayuno, la clasificación no había sido buena ( en realidad nunca había tenido una muy buena) y pensaba, para que estaba allí, mientras se terminaba de poner los calzoncillos y la camiseta antiinflamas.

Afuera todo se volvía febril; de golpe se prendían los rugientes motores.

Mientras se vestía Paz recordaba desde su faz mas íntima, el porque estaba allí.

## XI

Esa mañana el ingeniero Mariano Cardozo se sentía orgulloso de su obra. No era un artesano, si un creador. Estaba terminando de armar cédulas de supervivencia. Cajones de carbono que metidos dentro de las carrocerías de los autos de Turismo Carretera, iban a asegurar la vida de los pilotos en los choques laterales; golpes brutales que hacen estallar hierros y pilotos. Cardozo, en su imaginación veía a los pilotos calzándose, al estilo de los de fórmula uno, dentro de los queridos “ TC”. Autos de última generación con el diseño de la nostalgia. Justo en ese instante, el ingeniero, recordó la imagen de aquel corredor gordo de Dodge que murió a la vera de la ruta. No recordó su nombre, tal vez porque su padre le había enseñado el olvido como punto de fuga indigno; si muchas de sus carreras y victorias. Tal vez porque el mismo se parecía físicamente, un tanto a aquel corredor. Recordó también como un paseo de la niñez, a los falcon; viejo caballo familiar; si bien su admiración iba para el lado de los Torino. Autos rampantes, algo bizarros, brutales y criollos como el gaucho de Lomas de Zamora. Octavio Suarez, nombre que ahora iba recordando mejor a medida que aparecía en su mente la cara de Suarez. Ese nombre que volvió a su cabeza para poder superar al olvido como punto de fuga indigno.

## **XII**

Gerardo que aprecia mucho a su vieja camioneta “ Apache” leyó la noticia:  
“ un jefe narco del cartel de Sinaloa fue enterrado, entre salvas de balazos, con su camioneta 4 x4”.

Gerardo escribe su testamento



### XIII

La mañana fue dura, mucho motor roto y tapas desajustadas sin contar bielas y pistones que no daban abasto, se cortaban; se negaban a funcionar sincopadamente. Repetir una y otra vez la tarea de desarmar y armar. Los motores requerían según cada piloto, el punto justo.

Si bien el almuerzo fue liviano, el sol entibiaba la tarde incipiente. El se quedó dormido en la puerta del box con sus lentes de tornero puestos y enfundado en su mameluco azul de Yepeto mecánico. Soñaba, soñaba con un mundo perfecto ajustado como las piezas de sus motores. Un universo que funcionaba sincopado con su ritmo exacto, como sus viejas y pistones.

### **XIII**

En Detroit los obreros celebraban la novedad del nacimiento de esos autos negros, sencillos, más fuertes que el mejor de los caballos que podrían comprar con sus magros sueldos. Esos sueldos que crecían gracias a la multiplicación de esos autos negros. Eso sí, a partir de ese momento, cada uno debería apretar por siempre la misma tuerca.

## XIV

Como todos los años Alfonso, se ponía su mejor boina y una campera abrigada y se iba con los muchachos, en la chata, a ver la carrera de TC a 25 de mayo.

Esos domingos de asado y furor les producían hambre de motores. Tanta devoción tuerca hizo que los muchachos en el campo, empezaran a hacer carreras de tractores. Bestias humeantes, de colores fuertes y tosca estampa que corrían sobre la tierra arada, en medio de los gritos y los aplausos del pueblo que se olvidaba, por una vez, de la tiranía de la soja.

## XV

Rolando se sintió muy feliz aquel día de 1971 cuando lo eligieron chofer de un flamante camión 608 en la fábrica de galletitas. Cuidaba con devoción ese camión; “su camión”. Ese que se llevaba a la casa, limpiaba y lustraba con denuedo, le hacía el mantenimiento y hasta los arreglos que merecía esa unidad siempre impecable. Los fines de semana usaba el 608 para sacar a la patrona y a la familia de paseo.

Como treinta años después, lo llamó el jefe para avisarle que estaba jubilado, que tenía que dejar la empresa y devolver, el también ya viejo, camión.

Esa tarde se despenó de un tiro en la cabeza.

## XVI

Nunca me llevé bien con mi hermano Abel, lo único que nos unía era la pasión por los fierros; yo corría en autos y él en motos.

Después de muchos años nos encontramos recorriendo en el rally Dakar, él con su moto yo con mi camioneta y creanme que no ví. Venía peleando un puesto, volé sobre la duna y caí sobre un motociclista que había caído al pié del arenal.

## XVII

Recordaba que nunca antes para él, el tiempo había pasado tan lento. Casi como si se hubiera detenido. El tiempo se materializaba aferrado, casi como él, a esos caños de la jaula antivuelco que en es momento parecían todo su ser. No tuvo miedo; es mas, entendía poco.

Después de aquella curva y el toque desde atrás del auto de Gaitán. Todo se convirtió en una gran carambola del destino que empujó ese hijo de mil putas de Gaitán. Se cruzó el auto. En un momento hasta pensó que lo sacaba del trompo. Pero en una fracción de instante, el auto se clavó. Un vuelco,- uno mas en mi carrera- casi piensa, cuando a la primera vuelta le siguió la segunda y otra y otra. El casco del auto comenzó a desgajarse como una fruta metálica. Perdía los pedazos de carrocería como si fueran las capas de cebollas arrastradas en un remolino. La inconciencia no llegaba para velar el momento.

El corredor parecía querer aferrarse a los pedazos de carrocería que volaban en cada tumbo.

Pensó en abrazarse a los caños cuando el último despojo del auto picó en el piso, como si fuera una pelota, saltando entre paredes cayó en el túnel que une los dos costados de la pista. El piloto seguía atado en la butaca del manajo de hierros; fue cinematográfico, en cada tumbo la jaula antivuelco parecía ceder. Todo se acabo en el momento justo. Del parnaso de antiguas glorias, le guiñaron un ojo con complicidad.

## XVIII

Era un recreo más de un día de primavera surgiente. Las chapitas hacían fila de pié apoyadas contra el zócalo del patio de la escuela. “Espejitos”; una tras otra caían como heridas en una guerra, víctimas del golpe certero de otras chapitas que seguían las ansias infantiles. Eran como trofeos de caza para los niños. Los corredores asomaban sus bustos en los pequeñísimos cuadros de lata, luchando con los futbolistas, como gladiadores mientras que los autos brillaban en las “cuadradas”.

Pasaron los años; otra generación de corredores campean en los autódromos. Pero las chapitas siguen de pié en algún patio del recuerdo, en el bochinche de un recreo perdido en la lejanía de la niñez.

## XIX

Ese auto que parecía de más, pero se materializaba entre los campeones un domingo cada tanto sin que nadie supiera de donde salía, se transformó en leyenda.

Era como si la pisteara. Salía a ganar alguna posición. Cada tanto, cuando seguía de largo en alguna curva, chapoteaba juguetón en el barro y después desaparecía; parecía un fantasma. Era un fantasma.

Tito Quiroga, allá por los treinta y algo era apenas un poco más que un adolescente. A escondidas de su familia; dentro del galpón de la lejana y casi abandonada chacra “La Gringa” había empezado a armar, una baquet con lo que había quedado del Ford T del tío Abel .

El tío había muerto y su auto había quedado en aquel campo abandonado. Los herederos se habían trasladado a la ciudad.

Tito y Roque les habían tomado la mano a los viejos tractores ( ese que el tío paseaba como una gran novedad por el pueblo) y los sencillos dispositivos, de los arados y las sembradoras, de aquellos tiempos.

Poco a poco, cortando fierros y chapas, fueron transformando el fiable auto negro en una Baquet, un bólido liviano, sin guardabarros ni parabrisas, puro motor potencia y dos asientos. Como no lo podían correr en el pueblo, lo llevaron a Gobernador Galvez, donde ganaron un par de carreras, pero quiso el destino que un desliz sobre el barro se llevara la vida de Tito. Su corta vida había sido el automovilismo.

Cuando llegó al paraíso, el Señor le preguntó donde quería morar eternamente y Tito no dudó:

- En las pistas.

## XX

La verdad que costó un poco ayudarlo a acomodarse en el cockpit, pero se lo veía feliz dentro de aquel fórmula uno sesenta años después. La botonera del volante le parecía una novedad solazada y atrayente. A pesar del tiempo que pasó, no le fue difícil entender la lógica de ese animal brioso y rampante que arrancaba casi como su viejo auto en los buenos tiempos ( pensó él).

Era extraño, un hombre tan mayor girando en aquel fórmula 1 sin casco, con su boina puesta. Era como un niño jugando con los botones que le daban máxima alimentación al motor. Achicaba las curvas y estiraba el frenaje como un campeón veinteañero mientras que como un músico, tiraba los cambios ascendentes con las teclitas de debajo del volante. Causaba furor verlo pasar con ese auto con sonido de avión, dicen algunos que lo vieron volar. El abuelo aplaudido, salió del cockpit con la boina puesta; se fue feliz esperando otra ocasión.

## **XXI**

Para el gringuito era su primer carrera en Buenos Aires; su pasado, las pistas de tierra de la patagonia. Tierra y pedregullo que le hicieron del asfalto una obsesión y así seguía girando aguerrido y esperanzado tratando de pasar autos, pero por sobre todas las cosas, tratando de llegar. Llegar sería su primer triunfo.

## XXII

En un rincón disfruta del olor a nafta y el polvillo que flota en el aire del taller. No está olvidado, es admirado. Pero igual añora esos años de júbilo donde domingo por medio peleaba la punta en la pista.

Espera al día que le pongan un motor cualquiera de seis cilindros y lo lleven a algún homenaje; a alguna carrera de los autos de los campeones del ayer, para dar rienda suelta a su nostalgia.

## XXII

Evaristo creció en lo más recóndito del altiplano donde solo el murmullo del viento interrumpe al silencio. Además de las cabras y de las chivas, solo conocía a unos pocos vecinos y que veía muy de vez en vez, después de mucho andar. Quería codearse con el mundo que nacía un poco más abajo del cerro; ese mundo con el que fantaseaba desde niño. Cada tanto bajaba desde el cerro hasta un pobre caserío cercano. Mario lo recibía durante las fiestas patronales, con un cuchi carneado, que el mismo Mario mataba de un certero cuchillazo en el cogote. La carne y las entrañas del cuchi le resultaban un manjar, una fiesta. El cuchi le parecía un animal opulento, bruto, digno de la civilización que nacía mas abajo de las cumbres que habitaba. Él quería ser como el Mario. Una vez Mario le había contado una historia que a su vez a él, le había contado un viajero sobre un Cuchi gigante y salvaje que vivía más allá de los cerros (1). Había que tener valor para matar a un bicho de esos, pensaba.

Aquel día venía bajando la montaña tratando de llegar hasta el pueblo que está al pié de la quebrada, al que nunca había bajado. Era un pueblo mas grande que el caserío. El fantaseaba que sería algo así como una ciudad. Mientras caminaba creyó ver, más abajo y a lo lejos a un cuchi, magnífico, enorme, oscuro y brillante que se acercaba levantando tierra. Pensó que tal vez fuera el animal sobre el que le había hablado Mario. Quería ser como él, agarró el cuchillo con el que degollaba a las llamas y bajó, para cortarle el camino. Vió acercarse raudo al “cuchi” que parecía de fierro.

A pesar de la frenada el auto embistió a Evaristo.

(1) Se refiere al “Chancho quimilero”, animal pariente del cerdo y del pecarí que por mucho tiempo se consideró fruto de las leyendas del lugar.

### **XXIII**

En aquellas tardes lejanas, el televisor blanco y negro, de perfiles metálicos que a veces daban electricidad, se hacía color. Meteoro largaba la carrera del bien contra el mal. El bien era casi ingenuo y sufriente. El mal, seco y despiadado, usaba todo su ingenio para ganar sin contar los muertos (o contándolos para darse dique de sus “botines”). Villanos, tenebrosos y despiadados, de toda calaña corrían en grandes camiones y autos con púas rectátiles, tratando de ganar con cualquier maña a Meteoro y al Mark V, el superauto construido por su padre. Meteoro tenía un hermano oculto bajo una máscara negra. Rex que años atrás se había marchado de la casa por la “impostura” de desafiar la prohibición de su padre de correr. Rex era el oscuro ángel guardián de Meteoro. Un héroe clásico, de estilo griego que todas las tardes, después de cumplida su misión huía como un espectro melancólico hasta el próximo episodio donde el bien, o sea Meteoro, necesitaría de nuevo de sus servicios.

## **XXIV**

El viejo Clay venía por la autopista recordando su antigua gloria y aquel lejano accidente que lo había dejado con las piernas inertes volvió a su mente. El auto reventaba; veía una y otra vez como volaban las chapas y el fuego, parecía quemarlo todo. El viejo Clay recordaba sus ralies de autos clásicos mientras aceleraba, mas allá de los cronómetros. El viejo Clay aceleraba y aceleraba. El fuego parecía devorarlo todo. El viejo Clay, tal vez, había vivido demasiado.

## XXV

Iba reconstruyendo la historia del Turismo Carretera, desde aquellos grandes premios por rutas de tierra, con los gladiadores sobre las viejas coupes, falcon, torinos y chevitús. Recordaba cada curva, cada triunfo, cada derrota. Iba escribiendo la historia, esos puntos brillantes que sobresalen en el tiempo, en la mente de Dios; donde a su vez las recordaban sus antiguos héroes.

Los hechos iban tomando su propia forma y espesor, creando su propia sombra.

## XXVI

Si bien Nuri no es rico, está satisfecho del avance de sus negocios, sobre todo teniendo en cuenta que vive en la Irak de la Guerra.

Durante la guerra una patrulla del ejército que merodeaba por su barrio mató a toda su familia. Lo importante es lo que vendrá- pensaba- cuando vio terminada su casa en las afueras de Bagdad.

Comprar una cuatro por cuatro con la que soñaba desde bastante tiempo atrás no le resultó fácil. Con la construcción de su casa californiana se le habían ido la mayor parte de sus voluminosos ahorros. Quería poseer un hummer, encontró uno en un negocio de no mucha jerarquía en un suburbio. Un hummer usado que le entregarían en una semana. Se trataba de una vieja patrulla reacondicionada y hermoseada que-esto lo desconocía Nuri- patrullara las calles del barrio en el que Nuri había vivido con su familia.

## XXVII.

Saboreando su herencia, ese legado de los fierros. Se aferra a la pista casi con los dientes, sube, baja cambios; acelera, copia derroteros y cuida los laterales en medio del pelotón de autos vehementes que buscan con brío casi furioso la bandera a cuadros del fin. El éxito de la llegada.

Su padre, piloto veterano y jugador de fútbol, cuatro mañero. Suelda hierros y recuerdos en el taller; arma el auto de su hijo y ve cada vez mas cercano, en la lontananza de sus sueños, el triunfo de su estirpe.

## **XVIII**

Solo 24 hs, marchar al frente 24 Hs que parecían eternas. Los pedales hervían y la bandera a cuadros parecía negarse. Solo la lluvia apagaba el motor ardiente. Rogaba para sus adentros que el motor no desfalleciera antes del final. Entre la ceguera, hija del impacto repetido de la lluvia sobre la visera y los autos que patinaban; aún recuerda Don Froilán, esas 24 horas de Le Mans que aún parecen eternas como los laureles de su triunfo.

## **XXIX**

Isidoro por aquel entonces, tenía un “ fitito” rojo con ruedas cromadas y el potro rampate de Ferrari en el medio de la trompa. En ese auto mítico Isidoro llevaba tal cantidad de mujeres jóvenes y deseables, que la masa fémina parecía exceder en mucho el volumen que podía alojar el vehículo en su interior.

Un niño pequeño los vió llegar en la parilla del puerto de Olivos y le despertó una alegre curiosidad ver bajar tanta mujer de un auto tan pequeño. La madre del niño, soltó una diatriba moralizadora del tipo- que triste espectáculo- mientras su padre asentía con la cabeza y masticaba una tira de asado.

### **XXX**

Tercera, cuarta, tercera, segunda tercera, la curva era abrupta; los autos al girar levantaban una espesa nube polvorienta. La vuelta era la última, la definitiva. Carlos Céspedes dobló finito con el Chevrolet pegado a la cuerda. Chapa a chapa, pelea la posición (el tercer lugar) con el Ford de Salinas. La turba teceísta, aplaude en la meta al final de la recta larga. Cacho Céspedes con su baqueteado Chevrolet 400 ( ese que viene pasando de mano en mano desde principios de los años setenta), transita los últimos metros del circuito de tierra de la Matanza. Por primera vez subió al podio. De a poco va avanzando en el campeonato del turismo zonal. Su Chevrolet 400 relucía como la Chevy de Guillermo Ortelli

## XXXI

Fue aquel mediodía, que se va haciendo mas lejano. La última carrera me separaba del título del campeonato de Turismo Nacional. Venía colgado, imaginaba el podio, la gloria y el campeonato; ese momento tan ansiado y huidizo. Justo a la salida de la curva , un cuzco negro apareció frente a mi auto. Con el cuzco negro se me cruzó el Buky y los perros de mi niñez, le dí finito. Hice lo imposible por no tocar al animal. Creo que lo logré. Dicen que los perros negros tienen buena energía.

Sentí un golpe de atrás, creo que fue Rubén Trippazo y empecé a hacer trompos por el pasto, desesperado por volver, aceleré a fondo para poner derecho el auto y no perderlo . Después de perder definitivamente el control, el auto quedó incrustado contra las gomas que cubren el guarda raid junto con el campeonato. Mientras me sacaba el casco, después de que me sacaran de entre los hierros del auto:

- La puta que lo parió, los perros negros no tienen buena energía.

## XXXII

Para Gustavo Perusini parecía la última oportunidad. Necesitaba un triunfo sí o sí. Su autoestima, su equipo y su sponsor lo necesitaban. Mae Cristina, una buja que no fallaba, le había augurado el triunfo.

Estaba en la última vuelta y venía quinto, no llegaría a subir al podio, Gustavo empezaba a sentir que había perdido su última oportunidad. La fila de autos se venía acercando a la bandera a cuadros y el embrujo parecía no surtir efectos. A pocos metros de llegar, la meta empieza a parecer que en vez de acercarse se alejaba y el auto de Gallardo, que venía primero, se clavó sobre el asfalto. Antonio Gallardo no supo porque, pero sintió que se iba para atrás y lo chocaron varios de los autos que los seguían. Gustavo escapó a la carambola de autos que se desperdigaban por la pista y llegó primero.

### **XXXIII**

El auto negro número cero supo tener su fama en las pistas. Fue campeón agazapado y deparador de algunas glorias. El auto negro número cero, a veces era esperado y otras veces aparecía de improviso. Sabía golpear en la pista y nunca pasó desapercibido. Temido, el auto número cero, la muerte. Cada tanto vuelve y busca el centro de la escena.

## XXXIV

Oscar Antunez andaba con poco efectivo, mal de ahorros y con poco giro como para preparar su auto de carrera. En Rafaela, un golpe contra el paredón lo había dejado fuera de los autódromos por casi todo el año. La vuelta era la revancha; la búsqueda de la fortuna perdida. La fortuna de correr los domingos entre sus ídolos y sus rivales.

Apretó cada tuerca; soldó el auto, fierro a fierro. Preparó el motor pieza a pieza. Cruzó inquieto de punta a punta, su pueblo y los de la región. Maletín y carpeta en mano, buscaba uno a uno, a los sponsors. No había dejado de recorrer buloneras, ferreterías, hoteles, ni cerealeras, para volver a correr.

El domingo de la vuelta a las pistas, Ese domingo tan esperado de la vuelta al automovilismo, largó bastante bien. Aceleró rápido, sin hacer patinar las ruedas y buscó escaparse de la doble fila que empezaba a ralearse a medida que los autos avanzaban. Iba “colgado”. Cada curva apretaba los dientes. El sudor regaba su capucha antiflama y le llegaba hasta la nariz. Se le repetían imágenes que veía proyectadas en el parabrisas del auto como en una pantalla de TV.

Recorría mentalmente una y otra vez, todo el camino que había hecho hasta allí. Apretaba cada tuerca; soldaba el auto, fierro a fierro. Preparaba el motor, pieza a pieza. Cruzaba nervioso y brioso, de punta a punta, su pueblo y los de la región. Maletín y carpeta en mano, buscando uno a uno los sponsors. No había dejado de recorrer buloneras, ferreterías hoteles ni cerealeras, para volver a las carreras y lo estaba logrando.

## XXXV

Alvaro Cabeza de Tigre venía padeciendo, como en los últimos tiempos, el larga las carreras desde los puestos del medio. Si bien era un piloto imbatible cuando largaba adelante ( lo que le había deparado un par de campeonatos), no estaba tan dotado cuando los autos eran mas parejos y, por los tiempos de clasificación, tenía que remontar la carrera desde los puestos de la retaguardia.

Transcurría la carrera y -siempre en el mismo lugar-, - son demasiados bichos-, pensaba entre toque y toque, con la trompa de su auto contra la cola del auto de adelante que no mostraba ningún lado vulnerable, ni dejaba hueco alguno en la trayectoria del auto ( esa que todos buscaban perfecta, para girar en el tiempo óptimo), como para pasar.

El Mercedes de adelante, dobló muy pegado a la cuerda; Alvaro pudo sacar su auto hacia el lateral externo de la pista y acelerarlo. Apenas pudo pasar, un poco, la trompa de su ford (el tramo que va entre el paragolpe hasta el hueco de la rueda) por sobre la línea de auto azul. Solo le quedaba, como alternativa, dar un volantazo y tirarlo hacia fuera. Tiro el volantazo (que excedía la simple apretada). De golpe el Mercedes de Gutierrez que se frena de golpe dejándolo entrar, pero no tanto porque lo golpea desde el costado casi de atrás. El auto de Alvaro se sale de pista para girar una y otra vez, chocando contra el paredón. Queda afuera hasta la proxima “pole position”.

- A llorar a la iglesia. Le dijeron.

## XXXVI

Creció en el regazo del taller, femenina y angelical, en medio de las largas rondas de mate que tomaba su padre con los mecánicos y los vecinos.

En ese galpón que estaba más allá de la casa y del patio con frutales, Mariel jugaba con muñecas, rulemanes y herramientas, arrullada por los motores.

Casi todos los días se quedaba largo rato al lado de su padre viendo como arreglaba los autos; algunos poco menos que imposibles de arreglar. Sus padres creían que iba a ser ingeniera, maestra o porque no, modelo. Al crecer le empezaron a gustar los kartings. Andaba muy rápido y se la rebuscaba para hacerle frente a los chicos, para mal de su madre y la confusión de su padre que, a pesar de que le armaba el karting por las noches en el taller, tenía su dudas de hacer corredora a la nena. Aunque no hubiera dudado si Mariel hubiese sido un varón.

## XXXVII.

El colorado Skrabs, desde el barro, ya con el casco entre las manos, sin poder creer que lo hubieran tirado afuera lo observa pasar a Nahuel Forián que lo había sacado de la pista, indignado, recaliente se decía :

Si no fuera por ese toque, la puta madre. Me quedé con las ganas de llegar, de pasar a unos cuantos autos. El veterano corredor se agarraba la cabeza. Volvía del ostracismo a reverdecer viejos laureles, tal vez los últimos. Perdía su mirada en la pista y en las tribunas donde parecía escucharse el crujir de la grasa y la carne de los asadores. Un muchacho envuelto en una bandera, levantó la botella en un brindis simbólico y grito:

- Vamos Colo, carajo. Scrabs insinuó una sonrisa e hizo un gesto con su mano derecha levantando el pulgar.

Ya habría otros domingos de revancha.

### **XXXVIII**

Esa cupé, émula de la legendaria “ Nueve de oro” con la que Guillermo Ortelli ganó alguno de sus cuatro campeonatos, a veces surca ciudades imaginarias, lejanas y subterráneas de un reino inexistente, se pierde entre relatos breves, dá unas vueltas a la iglesia redonda de Belgrano escapando de la entrada al mundo de los ciegos y surca los caminos de Olduvai donde se debatían los orígenes del Hombre. Por la mañana me aguarda inmóvil, estática sobre mis libros como una maqueta para que yo no descubra sus salidas nocturnas.

## XXXIX

- Esta vez no me la va a sacar. Se decía Pedro Briega aferrado al volante mientras veía como el Torino Plateado de Roberto Homero se iba cerrando rápidamente contra su auto.

Homero no solo le había ganado la carrera anterior, le había sacado la victoria en las últimas vueltas; cuando él ya se veía en el podio con la corona de laureles puesta y la copa en sus victoriosas mano. Era una herida de quince días, sin cerrar, sangrante, picante.

El Torino seguía encerrándolo y ya lo tenía sobre la chapa. En el Ford Azul anaranjado de atrás, Briega aceleraba buscando un espacio imposible (en ese momento ya inexistente) para pasar entre el auto y el pianito del borde de la pista, justo en la entrada de la curva.

- Es a todo o nada. Se dijo Pedro Briega. Este pensamiento se repetía en las sienas como un tamborileo maníaco y se volvió a repetir con fuerza brutal, en ese último momento. Los autos se estrellaron de costado, como un aplauso implacable y el Ford azul naranja se elevó, lateral, sobre dos de sus ruedas y después levantó las otras dos. Hizo una cabriola insólita como un águila de metal enloquecida que remontaba vuelo, para caer al costado de la pista y seguir dando tumbos hasta la pared de gomas apoyadas contra el paredón de la tribuna.

## XL

Su padre ascendía seguido al podio y atravesaba distancias con su avión, una tarde cayó abatido por una tormenta, como un pájaro imponente.

Uno de sus legados fue aquel auto inconcluso e imponente, con el que había soñado ganar su enésimo campeonato. Su hijo aceptó el desafío; la fábrica de tractores le iba a aportar el dinero para armarlo, era una apuesta arriesgada correr con un auto mítico. Comprendió que ese era el momento de tomar la posta en el TC, de volver bruñir los lustres familiares y seguir escribiendo su propia historia. Su entusiasmo, tal vez le daría la victoria y bastante fama.

## **XLI**

Las vecinas dijeron - que caballo ruidoso y raro- cuando escucharon los bufidos del Carro que traía a Mercedes, la hija de Benz, ese viejo loco inventor de máquinas. Un caballo raro que hasta era invisible -pensaron-, cuando la vieron avanzar en aquel carro sin caballo que bramaba y echaba humo.

## **XLII**

Carlos Tarisio, es un mecánico de fuste. Un artesano que moldeó su vida al ritmo del torno. Hombre de barrio de esos que eligen los ojos, cuando les preguntan que es lo que mas les gusta de aquella mujer que cuelga desnuda en el poster, sobre la pared del taller. Don Carlos, prepara el motor de Augusto, su hijo para que vuele inalcanzable por la pista y ya juntos han obtenido un campeonato. Don Carlos aprendió a hacer música del sonido de un motor. Aprendió, hace ya tiempo, a tratar a los fierros como a una mujer.

### **XLIII**

Rugían los motores, el semáforo se prendía en rojo, mientras las promotoras se corrían como gacelas brillantes.

De vuelta al país, se daba cuenta de lo largo que había sido el camino. Adolescente de afanes quiso ser corredor como su padre, ser ídolo del mundo como Senna o como lo fue Nicky Lauda para su padre. Hizo de su camino un largo periplo por las capitales Europeas y en Japón en pos de su sueño. Lo detuvo un banco de suplentes de un equipo de tercera línea de formula uno, la pérdida de parte de la fortuna familiar y la falta de avisadores que lo enviaron de vuelta a su país. Cuando el semáforo cambiaba a verde se dio cuenta de lo largo que había sido el camino para llegar a Nueve de Julio.

#### **XLIV.**

A veces las largadas parecen, casi una enunciación de la teoría de los juegos. Una multiplicidad de vehículos multicolores se lanzan en la misma dirección, muchas veces casi al azar, como dados enormes y complejos, a velocidades que se buscan infinitas, generando alternativas diversas a diestra y siniestra; roces, choque y despistes. Solo algunos corredores con fibra de héroes pueden domar el albur para llegar exultantes al final y descubrir el sabor de la pasión y de la gloria.

## XLV

Cuando tomó la curva recordaba aquellas amplias curvas de ruta con alambrados y vacas detrás, que parecían estar mirando el gran premio. Antes del peralte donde mandaba el barro y donde muchos se habían ido afuera; sobre la recta el rememoraba esas largas rectas por las que tenía que andar horas a fondo con el solo auxilio del helicóptero que iba y venía filmando a los pilotos. Entraban a la recta principal con los motores rugiendo y la gente pueblos- algunos perdidos- deliraba. Cada carrera parecía devolverlo a aquellos tiempos. El era de esa estirpe perdida- arrasada por el tiempo y la muerte- de los corredores que se habían ido una vez, para no volver.

## XLVI

Una soleada tarde de sábado en la vieja Panamericana angosta, una Chevy dorada de TC surcaba la ruta. El imponente paso del auto y el estruendo de los escapes, le hacía imaginarse al niño, que jugaba a la pelota a la vera de la ruta, piloteando aquella majestuosa cupé por las pistas como los campeones que veía en la tapa de Corsa. Se soñaba, el mismo, manejando ese auto a una velocidad inimaginable, dantesca. Ese sueño, dulce y vertiginoso, también le hacía soñar, con un hombre que una noche, casi melancólicamente, escribía la historia de un niño fascinado ante un auto de carrera dorado, que irrumpía en su mundo durante una siesta lejana.

## XLVII

Ramón Novaro, había visto correr al “Pila” Gomez en la fórmula Renault. Lo vió como a un muchacho algo mayor que los otros, talentoso y parco, al que la suerte no ayudaba del todo, y que se había acostumbrado a avanzar desde atrás en las carreras hasta terminar en mejores posiciones. Era el ladero que necesitaba para seguir tejiendo su campeonato de turismo.

A pesar de su parquedad, el Pila Gomez no pudo ocultar su alegría cuando se enteró que iba a ser él, el escudero de Novaro. Tendría un equipo digno y un buen auto; subía varios escalones en la escalera de su carrera.

- Vos corré, ubicate bien y andá parandolos a los otros mientras yo vengo pasando autos desde atrás. Tengo mucho lastre. Le dijo Ramón.

En aquella primera carrera, todo venía bien, para el Pila. Clasificó tercero; alguna tapada de Novaro lo había ayudado un poco. Se largó la final. El “ Pila” aceleró con una precisión de reloj suizo. Jose Calandri el segundo que venía a su lado patinó un poco. Solo le quedaba pelearle la punta a Norberto Carrizo, que lo empezó a cerrar hacia el césped cuando se acercaba a la curva, el Pila solo aflojó a último momento cuando el auto de Carrizo, después de tocar el Fiat del Pila, se fue por el lado de adentro de la curva; había ganado la punta. Se sentía feliz aunque tuviera que entregarle la punta a Ramón que avanzaba de atrás como un rayo, mientras soportaba golpe tras golpe desde atrás, los iba parando estoicamente y de a poco, a los adversarios.

El Pila venía aguantando toda la carrera, hasta que Ramón ( que ya venía quinto) , en un exceso de vehemencia se fue de pista sin poder volver. Ahora el Pila aceleraba y aceleraba, prolijito, hacia su primero triunfo, en su primera carrera de turismo.

## **II**

El pequeño Gordini venía pelando las sierras, ni las coupes le podían seguir el tranco; algo Nunca visto hasta ese momento. De su interior salió un piloto, que de tan enorme, tardó años en ser reconocido.

## L

Faltaban largos kilómetros para llegar a Santa Rosa y terminar la etapa. Todo el tiempo había que andar pisando el acelerador a fondo. El camino de tierra a través del que cruzaban el desierto se hacia fatigoso, lento. La mente se enfriaba y el furor picante se hacia hastío. Nubes de polvo se elevaban sobre el camino y se mezclaban en un cielo jalonado de nubes grises que opacaban el furor del sol. Mas allá de la nubazón fría estaban los amigos, los hinchas de la peña, las mujeres y la gloria que parecían destinados a un solo premio, llegar.

## LI

El doctor hoy cerró temprano el estudio. Se fue a despuntar el vicio, a correr una carrera de Midget, esos autitos endemoniados y sin freno. Cincuenta años contra veintipico no es poco y menos para tenerlos en contra.

A pesar de que le apretaba el buzo antinflama por su abdomen y el habitáculo del auto es más que estrecho, se acomodó en el auto como pudo y se fue para la grilla de salida. La bandera verde disparó a los autos que largaron corcoveando como caballos pura sangre y derrapando en el barro de las curvas, corrían de costado y como fuera con tal de pasarse entre sí. Parecían gobernados por satanáas. El Dr mantiene el auto a raya como puede, aguantando el último lugar durante toda la carrera hasta llegar a la bandera a cuadros.

Mientras lo sacaban de la jaula antivuelco porque no se podía mover por la ciática y las contracturas, pidió a su equipo un champán para festejar su hazaña.

## **LII**

No se si fue la espalda maltrecha o el deseo de correr. Lo cierto es que el midget se fue haciendo uno con mi espalda como una soldadura perfecta que iba mucho más allá del asiento del auto.

Terminada la carrera, los dolores en mi cuerpo no cesaban. El médico decidió internarme, para ese fin solo pudieron ponerme en una cama boca abajo con el auto hecho en uno con mi cuerpo. Solo después de un concienzudo trabajo; de sacar tuerca a tuerca y desoldar los hierros pudieron los médicos llegar con sus manos a mi espalda

### LIII

A Paco Safetti también lo tenían en el barrio por un sentimental. Cada vez que le preguntaban en el taller, medio en joda medio en serio, cual era la parte que mas le gustaba de la chica desnuda del almanaque que se alternaba en la pared del taller con las fotos de los autos y los campeones del TC. Paco respondía:

-Los ojos.

La respuesta quedó estereotipada. Sobre todo ese día en que un distribuidor le trajo el último almanaque de Pirelli y vio que en él, posaba desnuda una mujer exuberante que después se dio cuenta que era Juliana, su novia. Tardó en darse cuenta que Juliana y la chica del póster eran la misma y dio su estereotipada respuesta. Fueron de imaginar las carcajadas de los muchachos del barrio y sus comentarios. Pero peor lo fue con Juliana que lo abandonó porque según decía, Paco no le prestaba ninguna atención, solo la miraba a los ojos.

## LIV

Se celebraba la entrega de premios del TC del oeste, las “cafeteras”; máquinas potentes con un aire retro. Era una noche alegre y fraternal, la noche final del año; el broche de oro. Todos celebraban los logros del campeonato o los proyectos para el porvenir. El locutor anunció el nombre de Pichón Etchegaray, el nuevo campeón. Pichón subió agradecido al pequeño escenario que presidía la reunión y recibió de manos del presidente de la categoría, la tan ansiada copa. Le cedieron la palabra y con lágrimas en los ojos, dijo:

- Muchas gracias por este premio; es uno de mis sueños y también muchas gracias al campeón de Tc, Fontana, porque creo que para nosotros correr es un poco, tratar de ser como ellos; jugar a ser ellos. Fontana, se levantó de una de las mesas, se acercó hasta el estrado, subió y estrechó a Pichón en un abrazo.

Para Pichón con el abrazo la copa se volvió, por un instante, un poco mas pequeña y el abrazo con el campeón se hizo más grande. Dos potencias se saludaban y a Pichón aún le quedaba, un largo camino que recorrer.

## LV

Era un domingo brillante, como solían ser los domingos de aquellos tiempos. Se largaba el gran premio. Los Falcon, los Torinos, los Chevrolet, los Fiat, los Peugeots y los Gordinis se acercaban a la bandera de largada que alimentaba las esperanzas de los pilotos de ganar o al menos de tener algún brillo, o un desempeño digno. En aquellos tiempos Juancito acomodaba placido entre la cuadrícula de la veredita del patio de la casa, en la intersección de las baldosas, los pequeños Bubys; sus Falcons, Torinos, Fiat, Peugeot y algunos autitos colados de otras marcas, furgonetas VW, Land Rovers con todo el equipaje para explorar las selvas, Mercedes Benz ( algunos emblemáticos) que estaban esperando que la mano del niño los hiciera largar un soñado gran premio para rodar frenéticos, audaces y veloces por entre la cuadrícula de la veredita del patio, en el jardín donde el pequeño crecía, por aquellos años, junto con el gorjeo de los pájaros .

## LVI

Pese a no ser un veterano, Sebastian Nipola era un corredor de estirpe. No le había sido fácil ir avanzado dentro de las distintas categorías. Durante ese último fin de semana había clasificado bien y largaba primero.

Se hicieron largos los cinco minutos previos a la carrera; mientras rugían los motores, él sudaba. El pié derecho, pisaba a fondo el acelerador y el izquierdo parecía querer volverse autónomo del cuerpo y escapar a la presión sico física, levantandose del embrague aun mas allá de la voluntad del piloto.

Verde el semáforo, se largó la carrera. La Dodge de Nipona salió lanzada hacia adelante. Le costaba creerlo, pero casi tenía la punta asegurada; la iba a defender hasta el final, aunque faltaran 24 vueltas. En la primera curva se le apareció por el costado izquierdo, el imparable Ford del Gringo Gancé. Nipona con el lateral de su auto apretó al de Gancé contra la cuerda, pero Gancé no cedió. El auto de Gancé parecía una bala de cañon lanzada por sobre el asfalto.

Yo o nadie- seguía pensando Nipona, mientras dio un volantazo que produjo una de las carambolas mas memorables de los últimos años. La carrera la ganó el Ñato Oñativia que había largado en el lugar decimotercero.

## LVII

Corría desde los tiempos más épicos por rutas de tierra. Desde las épocas de las largas carreras por rutas de tierra en las que corrían, casi, a matar o a morir. Llegaba victorioso con su cupecita; esa especie de galera rudimentaria que los intrépidos pilotos gobernaban con el viento a favor o en contra. El pueblo los esperaba con la mano en alto al final de los grandes premios. Pasión y muñeca.

Largos años y casi todos los caminos, había recorrido. Tocó la gloria del triunfo muchas veces; rozó la tragedia, otras vió a la muerte de cerca, la olió y pudo escapar de su huesuda mano.

Pero fue aquel año, cuando se le auguraba el campeonato largamente acariciado, que sacaron a las cupecitas de las carreras. Nunca mas esos viejos autos sobre los que el Zurdo “se había criado” correrían los grandes premios. Autos más modernos empezaban a poblar los caminos, Torinos, Chevrolet y Falcon.

El zurdo fue un tipo fiel. Dejó de correr aquel año por no abandonar su mítica cupecita y hoy se lo ve, cada tanto, manejándola sin nostalgia por las calles de Vicente López.

## **LVIII**

Nico terminaba de armar el Falcon amarillo; igualito al del Gurí. Le sacó las ruedas delanteras rellenó con masilla prolijamente el cuadrado que cortó y cambió ,como un detalle decorativo, con el cartón negro. Dejó para el final la cuchara que incrustó en el frente, ya lo tenía preparado para la carrera como hace treinta años, cuando era niño.

## LIX

Trepaba con su auto como una cabra, por los caminos terrosos, esos por los que No todos subían. Oscilaba entre el hoy y le ayer en la pista devorando metros y metros, en medio de la horda de pura sangres en celo, tratando de robarle segundos al cronómetros. Oscilaba entre la gloria del ayer y las banderas a cuadros de hoy. Era joven y tan viejo, oscilaba y crecía con sus alas.

## **LX**

Decía Einstein que al alcanzar la velocidad de la luz el tiempo se aboliría.

Ahora bien, teniendo en cuenta que un auto de fórmula uno es una diez veces mas rápido que un Ford T y la luz viaja aún, cien mil veces más rápido que un fórmula uno. ¿Cuánto nos falta para llegar al umbral de lo eterno?

## **EPILOGO**

Vengo corriendo desde años.

Vengo escribiendo desde años.

La fila de autos comienza a moverse detrás del pace car durante la vuelta previa a la carrera. Los motores de los autos rugen nerviosos y brutales, mientras la lapicera empieza a bosquejar un cuento sobre el papel.

Desde años vengo en esta huella, la pista, buscando aquel podio que se me aparece esquivo. Años de carreras, clasificaciones y rutas. Días y noches enteras en el taller, metiendo mano al motor, mejorando el chasis.

Escribo, escribo y ya no se desde cuando, busco sombras de lo perfecto. Miles de hojas tiradas; hojas en el cesto y kilómetros recorridos.

Las promotoras se corren de delante de los autos, que como bestias en celo quieren escaparse; avanzar a través de la grilla de partida. Cambia la luz del semáforo. Larga el pelotón de autos y muchos vehículos se apilan en el medio de la fila; algunos chocados quedan al costado el asfalto como soldados heridos en combate. Otros, los sobrevivientes, siguen en carrera como pueden. El automovilismo es una pasión voraz, hay que apretar los dientes y el acelerador; tratar de que el azar haga doblar el chasis en vibración por las curvas, domar a la suerte, buscar las sombras de los tiempos perfectos

Planeo sobre la historia, doy vuelta otra hoja y la arranco , sigo escribiendo una historia sobre las pistas, buscando las sombras de lo perfecto.

Mantenerse en la pista y seguir acelerando buscando el triunfo; escribo.

